

CONSIDERACIONES EN TORNO A LA FILOSOFIA DE ANTONIO MACHADO

Constantino Láscaris

Antonio Machado filósofo.

Esta afirmación es a la vez habitual e inhabitual.

Es inhabitual entre tres géneros de público, que son, por lo demás, los masivos: el general, la gente de habla española normalmente culta, que conoce en él al poeta; los críticos literarios, que deliberadamente solo quieren ver en él al poeta; y los críticos expositores de la filosofía académica, que lo dejan cuidadosamente de lado porque fue profesor de francés y no de filosofía.

Es habitual cuando se hace el elenco de lo que escribió.

Claro es que a mí me interesa mostrar la filosofía de Antonio Machado. Y no simplemente porque sea el centenario. Desde hace dos décadas, he publicado sobre su figura pensante (1). Pero hoy sobre todo me interesa poner de relieve que lo inhabitual es por deficiente comprensión de la filosofía.

Que entre el público general el poeta ofusque al filósofo es normal. Precisamente el poeta, al cantar, da nervio al pensamiento cantado.

La actitud de los críticos literarios es, no normal, pero sí explicable, ya unas veces por esquematismo metodológico, ya por indiferencia formal por la filosofía. A fin de cuentas, se trata de "especialistas" que estudian su especialidad.

La actitud de los críticos expositores de la filosofía académica es más llamativa. Tomaré como una referencia una obra: *Filosofía Española Contemporánea* de Alfonso López Quintás (2). En un tomo de 719 páginas, Antonio Machado no es mencionado. No es por años, pues incluye más viejos que Machado. No es por calidad, pues gran parte de los que incluyen son meros repetidores o analistas. No es porque no haya publicado, pues menciona incluso a mí mismo. Simplemente, no lo he visto ni mencionado. Es un hecho. Y no se trata, por lo demás, de un criterio de exclusivismo, pues López Quintás se muestra de una gran generosidad.

Es claro que se trata del implícito criterio de la filosofía académica (3). Y este tema, en cualquier país, es problemático, pero más en España. Baste recordar que

(1) "La Conciencia Moral. El despertar de la conciencia moral en *La Tierra de Alvargonzález* de Antonio Machado, en: *Fundamentos de Filosofía*, Univ. de Costa Rica, 1961, pp. 213-229.

"El Machado que se era nada", *La Torre*, Univ. Puerto Rico, ns 45-46, 1964, pp 187-

(2) B.A.C., Madrid, 1970.

(3) Sobre el tema de la filosofía académica en España, puede ser interesante la polémica: Manuel Sacristán, *Sobre el lugar de la filosofía en los estudios superiores*, Ed. Terra Nova, 1968; y Gustavo Bueno, *El papel de la filosofía en el conjunto del saber*, Ciencia Nueva, Madrid, 1970.

Unamuno no entró en la filosofía académica, o que la tal filosofía es utilizada como medio de acción para fines políticos o piadosos: una docena de los nombres que aparecen, y con amplitud, en la obra mencionada, tendrán méritos de esta última índole, pero los de índole intelectual todavía tienen que empezar a mostrarlos. El ocupar por política puestos claves en la enseñanza pública da poder político y veneración por parte de los candidatos a la enseñanza pública. El resultado es, históricamente, bien sabido: la filosofía creadora se desarrolla al margen de la tal enseñanza oficial. Julián Marías lo mostró en alguna ocasión. Y es bien conocido cómo la ciencia y la filosofía fueron extrauniversitarias los siglos XVII y XVIII, por citar dos bien importantes.

Estoy diciendo banalidades, por ser cosas tan conocidas. Pero, en mi presente intención, vienen al cuento.

Decía que es habitual llamar filósofo a Antonio Machado cuando se hace el elenco de lo que escribió. Esto es un hecho bibliográfico. De él se derivará la segunda cuestión, que es la fundamental, si vale la pena lo que escribió.

El simple hecho de la letra impresa no asegura nada. Desde la extensión de la imprenta, que algo esté impreso no garantiza ni siquiera el que valga la pena leerlo.

La respuesta a esta segunda cuestión tiene que venir dada del análisis de la obra misma. No voy a pretender dar yo esa respuesta (4). La bibliografía sobre nuestro autor es ya, en este aspecto, relativamente extensa: y sin que esté motivada por implicaciones políticas o piadosas. Simplemente analizaré algunos aspectos de la doctrina, aquéllos en los que he encontrado un aporte ontológico, pero sin pretensiones ni de agotador, ni de temático. Eso sí, con un criterio: el de que el pensamiento de Antonio Machado es unitario a lo largo de toda su obra.

De la filosofía española en el siglo XX, que es ciertamente rica e importante, personalmente considero tres figuras: Ortega, Machado y Unamuno (prescindo ahora de los vivientes en creación). Son aquéllos en cuya obra encuentro algo que no es mera repetición o análisis de lo ajeno. Y en este orden.

Nunca tendrá Machado el éxito popular de Ortega o el religioso de Unamuno. Y no creo que, en varios siglos, sea incorporado a la filosofía académica. Esto, en lugar de disminuirlo, lo hace más interesante.

El prestigio de Antonio Machado como poeta ha sobrepasado el nivel de la letra impresa, para alcanzar el verdadero nivel del poetizar: llegar a ser canción en labios que lo ignoran. Solamente cuando los hombres, la gente, canta la canción del poeta, la canción hace poeta al soñador de mundos. No tiene importancia la poesía impresa; es simplemente autobiografía. Musitada por los labios que no conocen al hombre, pero sí viven los mundos de belleza, la poesía es creación auténtica, la *póyesis* de mundos con sentido. Por eso, la tecnología solo culmina en la belleza poética del cosmos. Y Antonio Machado es poeta, lo es hoy, pues hoy su poesía es canción.

Todo lo anterior es simple preámbulo para decir que Antonio Machado es filósofo.

Y claro que lo es precisamente en su poetizar y por su poetizar. No se da poeta sin penetración pensante en la construcción del sentido del mundo. Si el hombre es fabricante de herramientas, lo es porque cada herramienta es prolongación pensante, en la mano vigorosa, de la mano pensante que realiza al cerebro creador.

Además, Antonio Machado puso en prosa el pensamiento translúcido de su creación del mundo. En este sentido, desde la poesía como vertebración bella del pensar del

(4) Una buena exposición de conjunto: MARIE LAFFRANQUE, "Un philosophe en marge: Antonio Machado", en *Penseurs hétérodoxes du Monde Hispanique*, Univ. de Toulouse - Li Mirail, 1974, pp. 223-289. Aunque se le puede objetar alguna deficiencia bibliográfica, es una buena exposición sobre los textos, y además es un acierto ese "en marge" del título: "Al margen", ¿de qué? ¿De la ortodoxia, o de la filosofía académica? ¿O de ambas?

mundo, se instaló en el pensar puro del bello pensar. El filosofar empezó siendo poesía y baile, y lo ha seguido siendo en algunos andaluces, como los Machado.

Por favor, no se trata de idealismos. Todo lo contrario. Para el poeta, el mundo alcanza el sentido que el poeta le transfiere desde la incesante transfugariedad de un estado de conciencia. Eso sí, desde ese instante, cuyo ser temporal se agota en su instantáneo ser instante, un mundo tiene sentido, aunque, en este caso, el sentido del mundo consista en seguir siendo bellamente sin sentido.

Si hay una profesión de fe en la poesía de Antonio Machado, está en aquellos dos versos:

“No hay cimiento
ni en el alma ni en el viento” (5)

La percatación plena de la transitoriedad de los estados de conciencia es expresada mediante una metáfora tecnológica. El cimiento es invención muy avanzada en la historia de las tecnologías, como culminación de los progresos de los morteros y mezclas de argamasas. Ese hombre, que ha dado relativa perennidad a su transitar sobre la tierra mediante el urbano edificar con cemento, al volverse sobre sí mismo, no halla el cimiento con que darse un hoy perenne. Desde el fracaso arquitectónico del precursor, Angel Ganivet, en su “El Escultor de su Alma”, los intentos andaluces de edificación de la estructura del hombre se han mantenido en la dinámica de la construcción pura de estados de conciencia, sin conciencia de una solución de los estados de conciencia.

Pero, ¿es metáfora el hablar de cimiento para negarlo del viento y del alma? Ciertamente no. El verdadero creador no utiliza nunca metáforas. Es más, es discutible la realidad poética de la existencia de la metáfora. La imagen se trueca en metáfora (es llevada fuera de su significación directa) por el repetidor que ignora el sentido recto. En los dos versos de Antonio Machado no hay una metáfora. Hay una directa referencia al cemento, un instrumento adheridor de instrumentos en la construcción del habitat de los hombres, como simple término explicador de la in-esencia de lo no construible con cemento. Por analogía de atribución extrínseca, podría decirse que, en cierto modo, ya que el poeta moldea palabras, su “cemento” podría ser la sintaxis. Pero la sintaxis no es algo diferente a las palabras, pues las palabras son palabras por su ser sintáctico, con lo cual no se integran en conjuntos mediante la sintaxis, sino que la sintaxis se despliega en las palabras mismas, algo así como el prodigio megalítico de la piedra pura. Solamente el mármol despliega la transparencia pura de la sintaxis arquitectónica.

Recuerdo que, cuando estudié la primaria, hube de aprender, y todos mis compañeros de escuela, la definición del viento como “aire en movimiento”. Y todos “estuvimos de acuerdo”, es decir, esta definición coordinó nuestro pensar sobre el viento. Más tarde, ya en secundaria, se nos exigió aprender una definición del viento, de la cual solo recuerdo que tenía cuatro líneas en el libro de texto. Y recuerdo que nos negamos todos a aprenderla. Fue un verdadero plante escolar, que hizo maldecirnos a un buen profesor en fracaso. Esta segunda definición era exacta, acertada y completa; detallaba las condiciones precisas del movimiento del aire en función de la temperatura de las capas atmosféricas, etc. Era una definición para “especialistas”. Nos repugnó. Nosotros éramos simplemente unos adolescentes pensadores de mundos, con una capacidad vital increíble para aprender... si le encontrábamos sentido a lo que aprendíamos. Claro es que la palabra movimiento es complicada y un especialista preferirá hablar de desplazamientos, no porque los desplazamientos sean menos difíciles de entender, sino porque así se lava las manos científicamente acerca del ser movimiento del movimiento. Pero nosotros no éramos especialistas. Estábamos más cerca del poeta, que en la palabra viento y en la

(5) No haré citas de las referencias a Machado. Son bien conocidas.

negación de que haya posibilidad de construir viento con cemento, nos hacía comprender... el ser del viento: esa libertad radical del moverse el aire... a como sea, tal como nuestras mentes se movían sin apoyaturas ni estructuras de cemento.

¡Y qué bien entendíamos cuando en la *Iliada* se lamentaba el gran guerrero de que el alma se le escapaba por la boca! Con las vísceras al aire por la poderosa lanzada, el moribundo escupía su alma.

Un hombre es un animal de esqueleto interno, es decir, de los que se han impuesto sobre la superficie de la tierra. Pero ello gracias a la secreción de un pseudo-esqueleto externo: la piel. Y la piel ha sido vitalmente el intento de construir con un cemento vivo una estructura para el alma. Pero no hay cemento en el alma. El alma se alza por dentro del cemento—piel, instrumentándolo, pero sin instrumentarse. Domina, pero no se domina. Es amplitud radical de apertura desde el hoy sobre todos los mundos a construir con cemento. Y no hay comparación o símil entre el alma y el viento: hay enumeración. Es más, esa enumeración, que genialmente dio la rima al poeta, tiene sentido porque el alma, gracias a los griegos, es viento que entra y sale por la boca (igual me daría decir que es oxidación).

Y cuando en Andalucía, que está en los sures de España, se quiere insultar a alguien, se le dice que tiene “cara de cemento armado” (los otros insultos han perdido vigencia, de tan usados). Cuando un hombre logra convertir su cara en fachada de cemento, y con varillas de hierro, ha negado toda apertura a su alma hacia el mármol, hacia la pátina de la piel vivamente ennoblecida.

(En habladera costarricense, la trasposición será por el “carebarro”, supongo que recuerdo vívido del empañetado del bahareque).

* * *

Tiene textura filosófica el poetizar andaluz, en concreto el del cantor Antonio Machado. Deseo señalar el hecho de que ese filosofar no fue simplemente un atisbo cordial del sentido del mundo, sino que alcanzó la plenitud de la investigación colmada.

Es bien sabido que la obra filosófica de Antonio Machado, formalmente considerada, es “Los Complementarios” de Juan de Mairena. No sobrará señalar de paso que, en extensión alcanza igual plenitud que la obra poética en su conjunto, y en preocupación temporal la supera. El éxito del poeta se debe a su calidad. El del filósofo se ve limitado a un ámbito menor por la mucha mayor dificultad, tanto de las formas de expresión, como de los planteamientos metafísicos que alcanza. No es nada fácil de explicar la doctrina de los anversos del ser, lo cual no le quita ni le pone motivos de fama. La tiene.

Es de mérito recordar, aunque sea incidentalmente, el talante romántico de los Machado. Y cuando digo romántico me refiero, claro es, al romanticismo pleno, al que inició la Edad Contemporánea, con toda la pléyade de escritores hombres de acción que construyeron la Revolución (la francesa) y las nacionalidades. Su objetivo, y de ahí el nombre, la identidad del pensar y el poetizar, mediante el logro, en una corriente, de la novela educativa, y en la obra, de la culminación en la ópera wagneriana.

Sin embargo, Antonio Machado tiene conciencia de fracaso:

Poeta ayer, hoy triste y pobre
filósofo trasnochado,
tengo en monedas de cobre
el oro de ayer cambiado.

El fracaso es radical porque no se trata de un fracaso de Antonio Machado, sino del pensar mismo. La herencia de Bergson, con la radical condena del pensamiento abstracto

(reducido a mero instrumento simbólico para la ciencia, pero carente de penetración en el mundo real), se mantiene en el coplero, no tanto porque desdeñe ese pensar, pues le obsede, sino por vivir radicalmente su insubsistencia: para los pobres de espíritu, que reduzcan la vida humana a relaciones económicas, el filosofar será no más que monedas de cobre. Para el materialista rico en espíritu, el poeta es el fundidor del oro. Para Antonio Machado, la relación poetizar—pensar es unívoca, como anverso y reverso del ser. De ahí, su amor al romance y formas derivadas, que a fin de cuentas no son más que épica, narración bella “con argumento”, verdaderas novelas en verso, con su desarrollo temático racionalmente dispuesto. Básteme recordar el Poema de los Alvarogonzález con todo un desarrollo histórico—psicológico del desenvolvimiento de la conciencia moral.

La permanente búsqueda (la *skepsis*) del sentido del mundo da sentidos del mundo:

“La filosofía, vista desde la razón ingenua, es, como decía Hegel, el mundo al revés. La poesía, en cambio —añadía mi maestro Abel Martín—, es el reverso de la filosofía, el mundo visto, al fin, del derecho. Este ‘al fin’, comenta Juan de Mairena, revela el pensamiento un tanto gedeónico de mi maestro: ‘Para ver del derecho hay que haber visto antes del revés’. O viceversa”.

La poesía es el mundo al derecho. Podría recordar al Heidegger que dice que solamente mediante el arte aflora la Tierra a los hombres. Claro es que, sin poesía, el mundo no es ni al derecho ni al revés: es simplemente insustancial. Algo así como un cocido sin carne. Preferiría decir que la poesía es el mundo puesto en derecho, sacado de la turbiedad de lo ni siquiera torcido, así como la conciencia poética de que no hay camino, sino que el hombre hace camino al andar, eleva a camino el transitorio caminar de los hombres sobre la Tierra.

Frente a la acuñación de oro, el reverso o acuñación en cobre del mismo mundo con sentido: la filosofía carece de la plenitud apolínea de la visión dorada del mundo solar. Para Antonio Machado es un trasnochar a la luz prestada de Selene, pues su establecimiento en las categorías del pensamiento instala al mundo coloreado por el sol poético en el mundo de las ideas. Los poetas han cantado a la luna, pero la luna no ha cantado a través de la boca de los poetas, mientras que Apolo, el médico, el matador, pone en las manos de los hombres la armonía de la belleza.

Y viene la sabiduría del maestro del maestro: Para ver del derecho hay que haber visto antes del revés. Para poetizar, hay que haberse instalado previamente en el mundo de las ideas. Platónicamente: para acostumbrar a los ojos a la luz del verdadero sol, primero debe mirarse el sol reflejado en el estanque lunar.

O viceversa.

Y ciertamente este viceversa es endemoniado, pues pasar del revés al anverso es, no natural, pero sí humano. ¿Y pasar del anverso al revés? Sería la tentación de Holderlin, la invención del Empédocles mítico. Sería lo que el maestro Juan de Mairena dejaría, según su costumbre, como tarea a sus alumnos: tema de una composición escolar.

A esta actitud, alternada y simultáneamente, poética y filosófica, corresponderán las categorías existenciales de Antonio Machado: la esencial heterogeneidad del ser, la relatividad de los principios lógicos y la Ontología erótica. Estas tres categorías existenciales no darán nunca verdades en sistema: sólo darán un ambular lúcido mediante la percatación transitoria de la fugacidad de las percataciones.

* * *

Un amigo, hombre agudo y discreto, me dijo: ¿cómo puede ser una copla ese solo verso de “Hoy es siempre todavía”? Es más, ¿cómo puede ser verso un solo verso?

Este tipo de pregunta es fatal, pues hace pensar, y pensar cansa; no en balde es la actividad que gasta mayores energías.

A lo de que un solo verso no puede ser verso, podría dar una contestación

ramplona: Don Antonio lo publicó como verso. Sería recurrir al argumento de autoridad (¡Y qué autoridad en este caso!). Pero lo serio es preguntarse por qué lo publicó como verso.

Por de pronto, es un octosílabo perfecto, con prosodia en las sílabas impares. Y esto lo es por sí mismo. Posee "rima" en i-a, que es, después de los infinitivos de los verbos, la más sonora en castellano. Logra por consiguiente la perfección del arte musical. Pero además es rotundo, que es la forma culta de decir redondo. Logra plenamente la radical eclosión del pensamiento: oración nominal adverbializada.

Ya me imagino, a todo esto, otro comentario: puros formalismos. Pero, ¿y qué es la belleza poética sino culminación creadora de la forma pura? Y en este caso, la forma logra la pureza precisamente por la concisión del poema. Veamos.

El sujeto "hoy" es predicado del predicado "siempre". A primera oída, es una paradoja. Hoy es hoy y no ayer ni mañana, y por tanto no es siempre. Sin embargo, pasado el éxtasis primero, es fácil apreciar que el ayer es ayer precisamente hoy, pues cuando el ayer no era ayer, era el hoy que fue, y precisamente pasó de aquel hoy a ser el ayer de hoy en el hoy de hoy. Y solamente es hoy el hoy de hoy. Lo mismo con mañana, que es mañana precisamente en el presente del hoy de hoy. Por ello, hoy es siempre, pues todo lo que existe se da en el hoy: hoy se extiende incorporando los pasados y anticipando los futuros, como analizaba Aurelio Agustín. Además, una oración nominal es reversible: siempre es hoy (basta con cuantificar el predicado). Mairena lo sabía muy bien, como buen andaluz, pero también sabía que ese reverso, precisamente por la cuantificación, pierde el rigor por caer en lo banal. Para decirnos que "siempre es hoy", no valía la pena cantar la copla. En cambio, el anverso "hoy es siempre" proyecta sobre el hoy, el hoy de hoy, este hoy efímero y brutalmente fugaz, la perennidad de la permanencia: siempre. En cierto modo es la fuga intemporal de la temporalidad.

Pero la voz del coplero cambia de tono musical y musita, después de una pausa: todavía.

Por esto, yo sospecho que, cantada, la copla se vierte, de octosílabo, en dos tetrasílabos (fenómeno poético general en castellano y que precisamente dio origen al romance desde el arte mayor), de los cuales el segundo, ese "todavía", viene a ser una acotación del primero. Vuelve a inmergirlo en la temporalidad: el hoy es siempre... mientras lo está siendo, pues si lo es todavía es que solo lo es desde la condición del aún abocado, no al mañana, sino a la nada.

"Toda investigación... es una posibilidad óptica del ser-ahí", dice mi maestro Heidegger, lo cual Ortega y Gasset lo escribió en buen castellano al caracterizar al hombre como cazador. El ser-ahí, el hombre concreto, inquiere y rastrea en su ahí de su hoy, desplegándose temporalmente siempre en el hoy de su ahí, y esto lo hace siempre, es decir, todavía, ya que, si de cazador pasa a cazado, su hoy pasa a ser ayer en el hoy de su cazador.

¿Habré logrado explicar la copla? ¿O habré logrado oscurecer el diáfano verso del coplero andaluz? ¿No será este segundo el destino de todo intento de clarificación del pensamiento mediante el lenguaje, como opinaba el viejo Gorgias?

* * *

El Machado mairenesco deja caer de pasada: "... la esencia —lo que el ser es, suponiendo que el ser sea algo".

Si el ser es algo, el ser es esencia. Suponiendo que el ser es algo, el ser es con esencia; o alcanza la esencialización de su ser de ser, o partió de un ser esencial de su ser. Pero, ¿y si suponemos que el ser no es algo? Entonces se abrirán ante la mente las ingentes posibilidades del ser que ni es esencia, ni es con esencia, que ni partió de la esencialidad del ser, ni necesariamente se abocará a esencializarse a sí mismo.

Dicho antropomórficamente: suponiendo que un hombre es hombre, ese hombre posee la esencia de ser hombre, ya porque se vaya dando a sí mismo la estructura esencial de la existencia humana, ya porque su existir consiste en un despliegue virtual de su esencia dada. Pero para pensarlo así a ese hombre en cuanto hombre, es necesario suponer que su ser de hombre consiste o radica en ser algo, hombre: lo cual es mucho suponer. Podría darse que el *serse* hombre un hombre consistiera precisamente en no llegar nunca a esencializarse hombre, sin alcanzar tampoco a desesencializarse, por no haberse iniciado tampoco como hombre.

Dicho poéticamente, como vimos:

No hay cimiento
ni en el alma ni en el viento.

El “cimiento” puede producir un proceso de “cimentación” o un *reverso* de “cementación”. O ser resultado de éstos. Pero si no hay cimiento, ni en el alma, ni en el viento, no hay consecuentemente ni alma ni viento. El alma y el viento carecen del ser—algo mediante el ser alma o viento. El no ser alma del alma llevará a toda la proliferación de valoración del sueño, del camino, y demás imágenes que permiten soñarse a Mairena. El no ser viento del viento obligará al viento a crear una frente, la del alma que no es alma, a soñarse como alma en el viento. ¿Pero podrá trocarse este soñarse alma en el viento, en *serse* alma sida en el viento sido?

No por bien sabidos, dejaré de traer a cuento los versos:

Yo voy soñando caminos
de la tarde. ¡Las colinas
doradas, los verdes pinos,
las polvorientas encinas! ...
¿A dónde el camino irá?
Yo voy cantando viajero
a lo largo del sendero...
—La tarde cayendo está—.

El soñar caminos de la tarde, y, en ese soñar, soñar doradas las colinas y verdes los pinos y polvorientas las encinas, en rumiar en entrevela el sueño mismo que se sueña a sí mismo. Y en ese soñar los sueños solo alcanzan el ser de sueños, es decir, no son. Y el sueño mismo es solo los sueños que sueña. Porque no hay un sendero a lo largo del cual el viajero haga viaje, como Machado recalcó poéticamente tantas veces. El camino es camino solamente en el caminar del viajero: “he abierto muchas veredas”. Y si el viajero—soñador no canta, tras sus pasos tampoco queda el camino. ¿Podrá el hombre hacer de sí mismo camino para sí mismo, a lo largo de las veredas que va abriendo entre sueños: ¿Podrá *serse* sin contornos ni esencias, soñarse aun sin que sus sueños dejen de ser sueños, “suponer” que se es algo cuando no se es algo?

El hombre es por natura la bestia paradójica,
un animal absurdo que necesita lógica.
Creó de nada un mundo y, su obra terminada,
“Yo estoy en el secreto —se dijo—, todo es nada”.

Podemos suponer una relación causal entre los pasos enumerados por el poeta. Y si no es causal, es existencial, es decir, más honda aún. Lo único que un hombre es “por naturaleza” (el *physei* de los griegos) es ser “bestia paradójica”; su condición paradójica radica en la bipolaridad absurdo—lógica; arrancando desde el absurdo, se erige en buscador de lógica; y la construye, pues el hombre es el animal que se construye todo lo que necesita. En su raíz, el ser hombre del hombre solamente lo hallamos en ese necesitar

lógica, en ese construirla para desde ella retornar al absurdo de su bestialidad y así hacerla paradójica. Podríamos decir que biológicamente enuncia la hipótesis de que es algo, pues sólo se es algo en la lógica, y desde ese algo que se es en la lógica retorna a su no ser algo entitativo. En ese proceso de logificación y retorno, que no es un ir y un volver sucesivos, sino un ir y un volver simultáneos y recíprocamente integradores, ha creado de la nada un mundo. Dado lo que sabemos que sabía Machado, ese mundo es el mundo del hombre, es el mundo de un hombre concreto, integrador en el ser de las cosas que no son, sino que se limitan a presentarse. Pero es que la forma de darse al presentarse las cosas hace que, aun siendo ya mundo de un hombre, sigan siendo nada, pues el término pleno de la "obra" es la conciencia de la nihilidad de las cosas sacadas de lo abismal de la nada al ser. El "secreto" sólo es secreto para el hombre que no ha culminado el proceso. La bestia paradójica ha llegado a serlo, a establecerse en la paradoja, por la invivencia de la nihilidad de la obra hecha, por la patencia de la nada en el mundo hecho desde la nada. Crear es nadificar, puesto que es moldear la nada. Y bien podríamos llegar a pensar con facilidad que la nada sólo empieza a ser como nada precisamente cuando se la ha trocado en mundo, ya que, eleáticamente, antes no era ni nada siquiera.

Machado mismo explica la construcción racional de la tesis:

"Si se acepta nuestra hipótesis, la radical heterogeneidad del ser, tal como nos es revelada en nuestro mundo interior, en el fluir de nuestra conciencia surge el problema de la racionalidad, que se nos presenta con un carácter negativo. Objetividad no es ya nada positivo, es simplemente el reverso borroso y desteñido del ser. Solo existen, realmente, conciencias individuales, conciencias varias y únicas, integrales e inconmensurables entre sí. Sólo es común a todas las conciencias el trabajo de la desubjetivización, la actividad homogeneizadora, creadora, de esas dos negaciones en que las coincidencias coinciden: tiempo y espacio, bases del lenguaje y del pensamiento racional: del pensar cuantitativo".

Para la influencia bergsoniana en Machado, me remito al magnífico estudio de Eugenio Frutos. Ahora me interesa más la proximidad a la fenomenología.

Tenemos la "hipótesis" consistente en la afirmación de la radical heterogeneidad del ser. Pero esa hipótesis remite a su sustrato vital: la reducción de la existencia a las conciencias individuales. Las cosas no existen, pues carecen de conciencia. Por esto las plantas son cosas. Los animales son bestias con tensión de existencia, pugnan por paradoxalizarse, y algunos, los hombres, lo logran en y mediante la conciencia. Pero sólo son ser las existencias. El presunto ser de las cosas no es más que prestado y heterogéneo "reverso" del ser que se es... hombre. Así, la heterogeneidad radical del ser nos da dos categorías: la existencia y el ser desteñido y borroso. Y si el segundo es como es, el primero será, por antítesis, claro y teñido. Claro, en cuanto clarividente; teñido en cuanto acaparador de fenómenos, en cuanto organizador de esos fenómenos racionalmente, en una palabra, en cuanto poeta, si admitimos que el poeta es el soñador de caminos que quedan abiertos después de caminados por el poeta. Pero también el ser del existente es heterogéneo; al ser clarividente, es cuando precisamente se hace patente a sí mismo su radical heterogeneidad, y no es solamente heterogeneidad entre las conciencias, sino fluyente en la conciencia individual. No solo hay el abismo de la heterogeneidad entre un hombre y otro hombre, sino que además y antes, se da la heterogeneidad de un hombre ante sí mismo en su conciencia. El ser del existente se reduce a fluir ante sí mismo en sí mismo, sin que ese su "sí mismo" sea otra cosa que su fluir desde sí mismo hacia sí mismo, sin nunca darse los perfiles acabados de un "sí mismo".

La objetivación, mera desubjetivización, es útil, en cuanto logificadora, pero no es esencializadora sino heterogéneamente, es decir, el pensamiento cuantitativo, único "común a todas las conciencias", es común precisamente porque ni da el ser ni constituye a las conciencias en el ser, ni respeta el ser de cada una de las conciencias, pues el ser conciencia de una conciencia existente radica precisamente en no ser cuantificable. En cuanto cuantificada, deja de ser su *serse* para pasar al reino de la "otredad".

¿Cual es entonces el ser del hombre, ya que éste es el único que, por pensar la heterogeneidad del ser, es ser que se es?

La calma es infinita en la desierta plaza,
donde pasea el alma su traza de alma en pena.

La plaza, el mundo de esa alma en pena, esta desierta, es decir, ha sido desertada, abandonada. Su ser desértico radica en su nihilidad patente en la calma. No hay presencia de otredades. Y mientras la otredad no se fenomenice, no sea aceptada por la conciencia como patente, el mundo es nada. Y en un su mundo que es nada, el alma se es como "alma en pena".

Alma en pena solo puede serlo una conciencia vigilante, creadora de la nada desde la nada y hacia la nada. La subjetividad radical consciente de la radicalidad del ser sujeto pensante lleva a la pena, pues ¿qué es estar en pena más que sopesar, pesar, pensar, frente al ser nada del mundo, el ser heterogéneo del ser que se piensa? Estar en pena es estar aplastado bajo el fardo "pesado" que abruma. En última instancia, la "calma" infinita es la forma mensurable que emplea la nada para inmiscuirse en la conciencia vigilante que rehusa hacerse calma pues su ser es fluir.

* * *

Mi infancia son recuerdos de Sevilla.

Machado no guarda recuerdos de su infancia. Para ello tendría que hipostasiar la que fue su infancia haciéndola seguir siendo. Y de ella solo guarda su presente, o sea, no la guarda. Incluso es hipostasia afirmar que su infancia fue. El ser—fue de su infancia solo consiste en esos recuerdos de Sevilla en el presente total en que escribe su "Retrato". Su infancia fue, cuando fue, solamente los recuerdos que en ese "ahora" *son*. Porque el único ser es el que es, no el que fue, y el ser que fue solo es en cuanto que es, no en cuanto que fue. Y como Machado "fue" poeta, su infancia ya no fue, sino que en su "Retrato" ya *nos* es en eterno "ahora" recuerdos de Sevilla.

En la obra poética de Machado abundan el *es* y el *era*. Mucho menos sus plurales. Las restantes formas verbales del ser son rarísimas. Y digo rarísimas, tanto en su sentido de escasez, como en el de heterogeneidad. Veamos algunos ejemplos de *es*.

Es una tibia mañana
Es una tarde cenicienta y mustia
Es una tarde mustia y desabrida
Es una hermosa noche de verano
Es el hospicio, el viejo hospicio provinciano.

Como Machado es poeta en el pleno sentido de la palabra, no me interesan como argumento las explicaciones prosódicas. Que una tibia mañana *es*, lo único, y nada menos, que expresa es que es, y no sólo eso, tibia, sino que es ser. La tibia mañana ha sido erigida en ser, ha sido elevada a la categoría de ser, está existiendo. Pero en Machado eso solo puede ser congruente, dada la heterogeneidad del ser, dentro de la conciencia. Precisamente decir el poeta que la tibia mañana es, es decir que no es tibia en cuanto mañana, sino en cuanto "mundo" (=nada) de y en una conciencia. La tibieza de la mañana le viene dada a la mañana por Machado (y por mí cuando leo el verso). Y el ser mañana de la tibieza sólo tiene sentido, es decir, solo es susceptible de logificación, o cosificación disfrazada, cuando se traduzca la tibieza en grados centígrados, es decir, cuando se la intersubjetivice (pedantemente: cuando se la obtevice, que es una manera de enmascararse que se la: abyectiza); el ser mañana de la mañana, que ya para siempre en

eterno ahora es tibia, es heterogéneo ser vivida como tibia por el poeta.

Y lo mismo podría reiterar de esa tarde, una vez ontificada como "cenicienta y mustia" y otra vez como "mustia y desabrida". Ni es una tarde, ni dos; no son una u otra tarde, sino que solo son o lo ceniciento y mustio, o lo mustio y desabrido de la conciencia vigilante. Una tarde nunca es tarde sino en alguien. Es decir, en cuanto tarde, es nada; y es nada en cuanto que la ha creado un ser que es a sí mismo.

Y sin paradojas de ninguna clase, en una proposición neta y lógica, congruente con la doctrina de la radical heterogeneidad del ser, Antonio Machado lo ha ratificado: "Hoy es siempre todavía".

Por de pronto, tenemos que esta vez el *es* tiene sujeto. Y el sujeto es *hoy*. Si hoy es el "día de hoy", tanto podemos decir que el poeta ha dicho una insensatez, como afirmar que ha plasmado una filosofía de la presencialidad. Sería insensatez si nos ponemos a discutir la condición minutaria y horaria del "día de hoy", si la cronologizamos. Pero claro es que no era esto lo que forjaba Antonio Machado. Hoy expresa y encierra la presencialidad pura del puro presente. Al estarse siendo ante sí mismo se da un marco a sí mismo, que es ese: hoy. Ciertamente el ser de ese hoy se reduce a la condición de demarcador de la conciencia vigilante y ensoñadora, y como ésta carece de una perpetuación temporal— espacial, ese *hoy* es *siempre*, pues siempre la conciencia se da un hoy a sí misma al hacerse presente, es decir, al presentarse a sí misma ante sí misma. El presente no es más que esa fugazmente tenaz presencia de un serse siéndose. Pero es además *todavía*, pues sigue siempre en trance de autolimitarse y autopresenciarse como elevadora de la nada a la nada. Si lograrse dejarse de serse todavía, ya no estaría en trance de seguir creando nada desde la nada, habría "muerto".

El tránsito de poeta a filósofo y del oro al cobre podrá explicarse por la doctrina de la otredad erótica de Abel Martín. Ahora, quiero señalar, por encima de esa valoración, basada en la nostalgia del "hoy" que fue ayer, la forma de ser radical del hoy en cuanto hoy, la cual radica en sus categorías de siempre y todavía. Por esto, Antonio Machado no será agustiniano en su sentido de la temporalidad. No se trata de que el pasado perdure en el presente, ni siquiera en forma de recuerdo o por acumulación de experiencias existenciales, o por condicionamientos de futuros entrevistos o anticipados proyectivamente; el ser del hoy en cuanto hoy radica en ser medio de serse presente la conciencia; o, para no sustantivizar o sustancializar la conciencia, la fluencia radical y constantemente inmóvil (así, literalmente, sin paradojas) de un presenciarse individualizante a sí mismo es siempre y todavía permanente conciencia. Hoy quiere decir nada más que existencia consciente.

Este amor que quiere ser
 acaso pronto será;
 pero ¿cuándo ha de volver
 lo que acaba de pasar?

Hoy dista mucho de ayer.
 ¡Ayer es Nunca jamás!

Si "hoy es siempre todavía", "ayer es nunca jamás", y poniendo ayer y nunca con mayúsculas, para que nadie se llame a engaño sobre lo que Machado está viviendo. La correlación por oposición es perfecta: siempre—nunca, todavía—jamás. ¿Cómo se conjuga esto con que el ayer solo se da en el hoy?

Si el ayer es hoy, sólo puede serlo en cuanto que el sujeto consciente, en el hoy permanente, recuerda. Pero no recuerda el ayer. Recuerda recuerdos, no el ayer. El ayer es en la condición de recordados de los recuerdos, y esta condición se da *siempre* en los recuerdos, que en cuanto recuerdos son siempre presentes. No es el ayer el que se ha alejado del hoy: es el hoy el que aleja al ayer al vivirlo bajo condición de recuerdo; por eso, es el "hoy" el que "dista de ayer". Podría decirse que, psicológicamente, el hoy es el

sujeto consciente activo, y el ayer es el sujeto consciente recordado. Pero, como de costumbre, la psicología no profundiza. La conciencia no puede nunca recordarse a sí misma, pues su serse a sí misma solo se da en el hoy. Por esto, el ayer, además de no *haber sido nunca*, no *será jamás*. Recuérdese la crítica que hace Machado a Heráclito y a los eleáticos: la fluidez total exige la inmovilidad; la unicidad del ente exige la movilidad. Si se supone un marco espacio-temporal, solo lo que no cambia puede moverse en el tiempo, pues lo que cambia en su más honda *entraña* no guarda nunca continuidad temporal. Precisamente porque un hombre, desde que “nace” hasta que “muere”, no es nada permanente, es por lo que *es* siempre y todavía hoy. La conciencia es extra-temporal, ajena a lo temporal-espacial. Tendrá, acaso, su propio *tempus*, que solo podrá ser llamado tiempo gracias a la radical heterogeneidad del ser, pues mientras que el ser tiempo del tiempo-espacial es sustancialista, implica “cosas” que se desplazan en el “tiempo”, un hombre es tiempo en cuanto que, por no ser más que conciencia de nihilidad, no se desplaza en el tiempo. Por eso, ese “amor que quiere ser” *será* “acaso pronto”, puesto que ya está siendo en el hoy, pues el ser del amor consiste precisamente en ese querer ser y su *será* es ser hoy. Solo puede ser futuro lo presente, precisamente porque lo pasado no puede ser presente.

Así, necesariamente Antonio Machado se muestra en toda su obra, es decir, va viviéndose al soñar nada poéticamente, como conciencia actual:

corazón maduro
de sombra y de ciencia.

Primariamente, corazón: entrañas. Digámoslo claro en castellano: tripas con estómago e hígado, bajo la válvula de la circulación sanguínea y por encima del sexo. Atadizo de sombras. Pero ese corazón sólo es corazón en cuanto que madura al dar su condición de sombras a las sombras mediante la conciencia. Ahí, ciencia no tiene nada que ver con la desobjetivización; es el saber de sí mismo al serse, y en ese saberse las sombras ganan la condición de sombras, por no dejarse penetrar plenamente por la conciencia vigilante. Acaso la sombra sean los recuerdos patentes en el hoy: la ciencia, la patencia en el hoy de las sombras.

Yo iba haciendo mi camino,
absorto en el solitario crepúsculo campesino.
Y pensaba: “¡Hermosa tarde, nota de la lira inmensa
toda desdén y armonía;
hermosa tarde, tú curas la pobre melancolía
de este rincón vanidoso, oscuro rincón que piensa!”

Lo primero encontramos un *yo*, Antonio Machado en carne viva. Ese *yo iba*; ir es irreversible, pues es constituyente del yo. Ese yo es un yo precisamente por estar yendo, pues en ese ir el yo está “haciendo mi camino”. No se trata solamente de la teoría del camino; se trata del camino que es de uno y que constituye a ese uno en cuanto uno. No hay ambivalencia entre el hoy que es siempre y todavía y el yo que es camino constituyente. El camino, cuya naturaleza reside únicamente en ser vivido paso a paso, está posibilitado por la inasibilidad esencial del yo. Si el yo fuera una sustancia inalterable en su raíz esencial, no haría camino, sino que caminaría, dada la objeción que Machado hace a Parménides. Y el yo no puede “caminar”, sino que tiene que abrirse un camino para él precisamente por estar haciéndolo siempre en su hoy. Camino y hoy se identifican

en ese "oscuro rincón que piensa". No es un rincón del mundo, pues el mundo solo es mundo desde y para ese rincón; por eso es un rincón "vanidoso", pues se erige incesantemente como ónfalos del mundo. Y puede hacerlo por ser simultáneamente *oscura y pensamiento*.

Machado sabe bien que Descartes había exigido a las ideas el ser claras y distintas. Y sabe que gracias a Descartes, la ciencia construye ideas claras y distintas. Pero precisamente por llegar a ser así, ya están desubjetivizadas, proyectadas por la conciencia vigilante fuera de lo "oscuro", y así, deshumanizadas. Un hombre se vive a sí mismo simultáneamente pensándose y tentándose, pero no al modo de la imagen freudiana de una conciencia que ilumina zonas abismales. Lo oscuro solo se presenta como oscuro al ser iluminado. El iluminar no es sacar de lo oscuro a la luz, sino patentizar lo oscuro en cuanto oscuro y así lo oscuro empieza a ser oscuro por obra de la iluminación. Tal como el hombre, al crear el mundo, crea la nada, así el hombre al pensarse se hace oscuro a sí mismo. ¿Qué forma menos clara puede haber de ser cosa que el que una cosa se conociera a sí misma? Pues dejaría de ser cosa para ser hombre.

Sin embargo, el hombre no es simplemente una conciencia de nada creadora de nada:

El agua...
 como si al pasar dijera:
 "Apenas desamarrada
 la pobre barca, viajero, del árbol de la ribera,
 se canta: no somos nada.
 Donde acaba el pobre río la inmensa mar nos espera"

Analicemos estos versos. Lo mismo podríamos haber elegido entre una docena de estrofas, igualmente reveladoras.

Por de pronto, tenemos todo un simbolismo fácil de interpretar a lo Freud. El agua, la nostalgia del claustro materno, que en el *Poema de Alvargonzález* es la conciencia moral proyectada sobre el mundo, habla. Y claro es que quien habla no es más que el mismo Antonio Machado, que se dice a sí mismo, no en forma de raciocinio discursivo, sino de presentación vital radical. Ese *decirse* es constituyente. Antonio Machado es ese decirse. Pues en ese decirse, se autoconfigura. Y lo hace como "barca", símbolo bien conocido por lo reiterado, y que en sí mismo ya contiene la noción de transitoriedad, de fragilidad y de hallarse expuesto; con una barca no se navega, sino que se queda a merced de las olas; sólo que esas olas son "creadas" precisamente por el ser barca de la barca, pues para un barco esas olas no son tales, sino simples ondulaciones. La peligrosidad de las olas es engendrada por la condición frágil de la barca. Y Antonio Machado se autocalifica de "viajero", pero no en el sentido vulgar de estar metido dentro de una barca, sino autoconstituyéndose existencialmente en barca él mismo. Es el ser concreto de la nihilidad del hombre el que está en juego. Y luego tenemos dos puntos de referencia: el desamarrar del árbol, que lo es de un árbol en la ribera, y el acabar del río. El "árbol de la ribera" es el órgano sexual masculino. La conciencia, cuando rompe con el sexo, es cuando se torna vigilante. El erotismo genésico cósmico teorizado por Abel Martín es intelectualizado ahora por Machado. Por eso dirá "no somos nada" en el momento en que ya la conciencia ha impedido el acto genésico por "exceso" de clarividencia. La superación de la libido ha dado una poesía bella. Pero además, acaso de paso, resulta que es el "hoy" de un hombre viviente, y este hombre entonces se autoformula mediante una nueva imagen: "donde acaba el pobre río la inmensa mar nos espera". La primera imagen asociada con este verso es la poesía de Jorge Manrique, y Machado así lo explicita en la que a su vez dedica a Manrique. Por debajo, es fácil desleír otra imagen freudiana, enfrentándose la cópula y el fluir vital de la especie entera. Mas, precisamente si tiene fundamento la interpretación psicoanalítica, por lo demás obvia por lo cotidiana, lo es

porque ahora no nos sirve, ya que Machado no tuvo conciencia de ella, y por lo tanto, a lo Machado, no existió. La afloración consciente de “la inmensa mar” en Machado solo puede ser la muerte. Y dado que la muerte es enfrentada desde el “no somos nada”, a primera vista podría decirse (no entiendo cómo, pero así lo he visto escrito varias veces en artículos que citan a Machado) como la plenitud plena, el ser absoluto, Dios. Dada la radical heterogeneidad del ser, de la inmensa mar solo puede asegurarse: que es creación desde el hombre, y por consiguiente, nihilidad; que solo tiene sentido desde la conciencia, al ser entrevista como cesación de la conciencia (barca que deja de ser “pobre” porque deja de ser barca, pues una barca solo puede ser pobre antes de zozobrar, ya que después no es ni pobre tan siquiera); y que, si la existencia es “pobre río”, conciencia clarividente de su propia nihilidad, la inmensa mar solo puede ser la proliferación monstruosa de la nihilidad constituyente de la conciencia: nada plenamente nada. Si el hombre es un “oscuro rincón que piensa”, la inmensa mar sólo podrá ser, heterogéneamente, un inmensamente oscuro rincón, pensado desde el rincón que piensa. “Cantad conmigo a coro: Saber, nada sabemos, de arçano mar vinimos, a ignota mar iremos... Y entre los dos misterios está el enigma grave: tres arcas cierra una desconocida llave. La luz nada ilumina y el sabio nada sabe. ¿Qué dice la palabra? ¿Qué el agua de la peña? ”

El tono sentencioso, con tensión de ironía, no emboza, sino descubre, el “enigma grave” tendido entre “los dos misterios”: ¿existencia autoconstituyente entre dos nadas? o ¿nada autoconstituyente mediante la conciencia al crear las dos nadas, antecedente y consiguiente? Ni la palabra dice, pues crea, ni el agua de la peña canta, pues remuerde.

De esta manera, tenemos localizado al hombre:

“Nunca”, “nada”, “nadie”. Tres palabras terribles; sobre todo la última. (Nadie es la personificación de la nada). El hombre, sin embargo, se encara con ella, y acaba perdiéndoles el miedo... ¡Don Nadie! ¡Don José María Nadie! ¡El excelentísimo señor don Nadie! Conviene que os habituéis —habla Mairena a sus discípulos— a pensar en él y a imaginarlo. Como ejercicio poético no se me ocurre nada mejor”

Supongo que el “ella” en el texto no es errata de imprenta, por “ellas”. Entonces tiene que referirse a “nadie”, lo que es congruente en el contexto. Y así se ve que el orden de prioridad es el inverso del de la exposición: nadie, nada, nunca.

Machado ha dicho: “Nadie es la personificación de la nada”. Y a don Nadie ha dedicado el pequeño diálogo en el que nadie ha preguntado por nadie, pues nadie ha llegado cuando ha llegado nadie. Desde Ulises el tema es viejo. Pero ello prueba que es nuevo, pues sólo los temas viejos perduran. Si el hombre es conciencia de serse entre dos nadas mediante su percatarse de estarse siendo nada y creando un mundo que es nada, entonces el nombre correcto del hombre vigilante es nadie. Machado, precisamente por vivirse plenamente como nihilidad radical, supo hacerse nadie, sin el don siquiera, pues se reconoció como fluir integral en hoy irremediable, sin pasado ni futuro, contingencia radical, nadie que se piensa nada. ¿Y que mejor ejercicio poético podía realizar el discípulo del discípulo de Abel Martín, emparejado con Meneses, que el configurarse vitalmente como “vividor de la nada” en la autoperonificación de nadie, y ello poéticamente, es decir, dándose ser? ¿Pero ello es realmente nadificación radical? :

Ya hubo quien pensó:

Cogito, ergo non sum.

¡Qué exageración!

No dice que sea falso el “cogito, ergo non sum”. Simplemente lo encuentra exagerado, una exageración muy grande. ¿Dónde radica la exageración? Sin duda, en que precisamente por pensar, tener conciencia, se afirma como ser la conciencia. Y dada la radical heterogeneidad del ser, sería cierto simultáneamente que al pensar el hombre es, y que al pensar el hombre no es, ya que el hombre, al pensarse ser, se está pensando

pensador nadificador de nihilidades. Siendo exactas ambas proposiciones contradictorias, el afirmar una resulta, no falso, sino meramente exagerado; sólo la simultánea comprensión de ambas dará la naturaleza del hombre: nadie, pensador de la nada: “*Cogito, ergo sum*”, decía Descartes. Vosotros decid: “Existo, luego soy”, por muy gedeónico que os parezca la sentencia. Y si dudáis de vuestro propio existir, apagad e idos”. ¡Qué tentador es llamar aquí a Machado existencialista! ¡Y sería de suponer que, como todos los buenos existencialistas, Machado rechazaría tal clasificación! Para ser un buen existencialista, hay que desesencializar incluso la existencia, tal como, según el mismo Machado, para ser un buen escéptico, hay que poner en duda el escepticismo mismo. Y en este momento (probablemente, desde un comienzo) un partidario de la analogía del ente le habría dicho a Machado: si sostienes la heterogeneidad radical del ser, apaga y vete. Lo cierto es que al hombre le llega el momento, el hoy, en que apaga y se va; se muere, pues en Machado apagarse sería dejar de tener conciencia, e irse sería dejar de serse:

busca el tú que nunca es tuyo
ni puede serlo jamás.

Ese tú es el yo ante el yo, y el yo nunca se es suyo, pues su auto ontificación consiste en autoaniquilación. Y el nunca tampoco se retrovierte al pasado, pues el pasado es hoy, ni al futuro, pues el futuro no es *jamás*.

* * *

A todo esto, ¿qué es lo que la palabra Dios expresa en Antonio Machado? Todavía no en sus “maestros”.

así voy yo, borracho, melancólico,
guitarrista lunático, poeta,
y pobre hombre en sueños,
siempre buscando a Dios entre la niebla.

Ahora, sólo pretendo examinar de este tema la arista que guarda conexión directa con el ser que se es el hombre, con el Machado que se era nada. Ese Machado, “siempre buscando a Dios entre la niebla”, ¿cómo lo formula, si es que lo formula?

Quien habla solo, espera hablar a Dios un día.

¿Machado hablaba sólo?

Todo hombre tiene dos
batallas que pelear.
En sueños lucha con Dios;
y despierto con el mar.

Si es en sueños cuando “lucha” con Dios, tiene que hablarse *solo*, pues el soñar la existencia es radicalmente hermético. Y en este “en sueños” *lucha* Antonio Machado de la manera más entrañable, y, digámoslo, más digna de respeto:

Señor, ya me arrancaste lo que yo más quería.
Oye otra vez, Dios mío, mi corazón clamar.
Tu voluntad se hizo, Señor, contra la mía.
Señor, ya estamos solos mi corazón y el mar.

Son cuatro versos dignos de un hombre grande. Están transidos. En el choque de dos voluntades, la voluntad de Antonio Machado no se ha hecho: le han arrancado lo que más quería. Pero no termina: Señor, ya estamos solos yo y tú. Termina: “Señor, ya estamos solos mi corazón y el mar”. Ese corazón que hemos visto entraña palpitante, se

encuentra solo frente al “mar”, “la inmensa mar”, la aniquilación radical. Lo que más quería ha muerto y Machado está sólo ante la aniquilación. Por esto, esos versos son temerariamente sobrecogedores: es “inhumana” tanta soledad, hecha de sentirse solo ante la soledad. La otredad cede el paso ante el *perderser*:

El sabe que un Dios más fuerte
con la sustancia inmortal está jugando a la muerte,
cual niño bárbaro. El piensa
que ha de caer como rama que sobre las aguas flota,
antes de perderse, gota
de mar, en la mar inmensa.

Pero esos versos hay que leerlos, para que la agonía sea completa, desde esta perspectiva: “Un Dios existente —decía mi maestro— sería algo terrible. ¡Que Dios nos libre de él!”. ¿Es buen discípulo Machado, en este caso? Si es nada menos que el discípulo que se ha creado a su “maestro”, podemos suponerlo que sí. Entonces, ese Dios contra cuya voluntad ha luchado la voluntad de Antonio Machado, sea o no sea “la mar inmensa”, es simultáneamente el ser pleno y la plena nada: el ser que se autoconsagra autodestruyéndose; en una palabra, el total *perderser*.

Y así es el DIOS IBERO:

¿Quién ha visto la faz al Dios hispano?
Mi corazón aguarda
al hombre ibero de la recia mano,
que tallará en el roble castellano
el Dios adusto de la tierra parda.

Como hipótesis gratuita, podemos suponer que Unamuno talló ese Dios adusto.

Pero Machado lo vivió mucho más adusto aún. Entre lo adusto de la fe agónica de Unamuno, y la impiedad de la incredulidad de Machado (“... esta segunda inocencia, / que da en no creer nada”), es más *corazón*, es más sobrecogedor lo hondo de la aceptación por Machado de la nihilidad del ser en cuanto ser. Si Dios, además de ser, pudiera *serse*, tuviera conciencia, habría que temerle demasiado para un hombre. “Definitivamente, / duerme un sueño tranquilo y verdadero”, porque “el acá/y el allá/... cero, cero”.

¿Podemos entonces suponer que Antonio Machado se desespera ante la aniquilación? Ni eso. Precisamente de ese desesperarse es de donde Unamuno saca las fuerzas para vibrar y enrostrar su fe a Dios. Antonio Machado no revuelve las manos en la llaga; la vive purulenta y, con esa tristeza que la palabra melancolía, tan usada por él, es insuficiente para expresarla, rehuye incluso el goce de lo efímero, incluso el gritar por lo efímero:

Dulce gozo de vivir;
mala conciencia del pasar,
ciego huir a la mar.
Tras el pavor del morir
está el placer de llegar.
¡Gran placer!
Mas ¿y el horror de volver?
¡Gran pesar!

Me da lo mismo, para explicar estos versos, suponer una alusión a la doctrina del retorno eterno, vuelta a poner de moda por Nietzsche, o suponer simplemente que *ese volver* hiciera alusión a volver a tener conciencia, fuera en la forma que fuera. El “¡gran placer!” no lo entiendo, aunque vaya entre “admiraciones”, como admirativo, sino como imprecativo: negación por exaltación. El “placer de llegar” ¡vaya un placer!, puesto que es precisamente no llegar, sino dejar de estar llegando. ¿Y el de *volver*? No

sería ya placer, sino “horror”, y el *pesar* si es ya directo, pues volver a tener conciencia, sería precisamente algo “pesado”, es decir, pensado, es decir, flujo de una conciencia. El pesimismo, vivido y pensado, es radical: la existencia no es un bien.

Precisamente el hombre *hace* a Dios, no para amarle, sino para poder serse a sí mismo como lo más pleno: creador radical de la nada absoluta:

es el Creador y la criatura lo hace;
 su aliento es alma, y por el alma alienta.
 Yo he de hacerte, mi Dios, cual Tú me hiciste,
 y para darte el alma que me diste
 en mi te he de crear.

Tomando aislados estos versos, como a veces se hace, no falta el poder entender que ese crear es mediante fe. Pero en su “contexto” no se trata de nada de eso. La anfibología es deliberada, pues la nada solo puede *ser* sacada de la nada por el ser; y el hombre es nada, un nadie, sacado de la nada por el ser; pero el ser solo puede sacar de la nada la nada. La única diferencia entre “nada” y “nadie” estriba en que el “nadie” es con conciencia de que es nada. Y solo en la conciencia la nada puede presenciarse a sí misma; para que la Nada radical se haga precisamente nada, necesita de la nada—nadie que la piense, y tanto como ser que como nada: “...la *nada* o *cero absoluto*, que también llama el poeta *cero divino*, pues, ..., Dios no es el creador del mundo —según Martín—, sino el creador de la *nada*”.

Leamos una vez más al “maestro”:

La palabra esencia... “generalmente, pretende designar lo absolutamente real que, en su metafísica, pertenece al sujeto mismo, puesto que más allá de él no hay nada. Y nunca emplea Martín este vocablo como término opuesto a lo existencial o realizado en espacio y tiempo. ...Todo es por y en el sujeto, todo es actividad consciente, y para la conciencia integral nada es que no sea la conciencia misma. “Solo lo absoluto —dice Martín— puede tener existencia, y todo lo existente es *absolutamente* en el sujeto consciente”. El ser es pensado por Martín como conciencia activa, quieta y mudable, esencialmente heterogénea, siempre sujeto, nunca objeto pasivo de energías extrañas. La substancia, el ser que todo lo es al *serse* a sí mismo, cambia en cuanto es actividad constante, y permanece inmóvil, porque no existe energía que no sea él mismo, que le sea externa y pueda *moverle*”.

Y poco más adelante concreta más aún:

“La conciencia llega, por ansia de lo otro, al límite de su esfuerzo, a pensarse a sí misma como objeto total, a pensarse como no es, a *desearse*”.

No quiero entrar ahora en el proceso del *desearse* que da lugar a la teología erótica desarrollada por Machado en su prosa. Es consecuencia heterogéneamente necesaria de la heterogeneidad del ser:

“Quien piensa el ser puro, el ser como no es, piensa, en efecto, la pura nada; y quien piensa el tránsito del uno a la otra, piensa el puro devenir, tan huero como los elementos que lo integran”. “En la teología de Abel Martín, Dios es definido como el ser absoluto;” por ello, “nada que *sea* puede ser su obra”. “ser puro” o “ser absoluto” es la “pura nada” y por consiguiente su obra tiene que ser a su vez *nada*. Sólo desde la nada—nadie puede *ser* el ser puro o nada absoluta, al pensarlo la conciencia; y sólo desde la nada absoluta o ser pleno, puede ser creada la nada—nadie.

De ahí las dos famosas formulaciones:

Cuando el *Ser que se* es hizo la nada
 y reposó, que bien lo merecía,
 ya tuvo el día noche, y compañía
 tuvo el hombre en la ausencia de la amada.

Fiat umbra! Brotó el pensar humano.
 Y el huevo universal alzó vacío,
 ya sin color, desubstanciado y frío,
 lleno de niebla ingrávida, en su mano.
 Toma el cero integral, la hueca esfera,
 que has de mirar, si lo has de ver, erguido.
 Hoy que es espalda el lomo de tu fiera.
 Dijo Dios "Brote la Nada".
 Y alzó su mano derecha
 hasta ocultar su mirada.
 Y quedó la Nada hecha.
 y es el milagro del no ser cumplido,
 brinda, poeta, un canto de frontera
 a la muerte, al silencio y al olvido.

La redondilla, y sobre todo el soneto, son la culminación filosófica de Antonio Machado. Y en mi opinión, el soneto es la culminación poética de su obra, tal como es su teología poética. Y no dudo en afirmar, por tanto, que es su poesía más *bella*, ya que es la culminación de su lucidez como *nadie* o nada sentiente.

Y con el soneto podría haber iniciado este ver a Machado. Pero he preferido presentarlo como recapitulación y no como inicio. En él están todos los elementos que en su poetizar variado he hallado, conducentes a su delimitación pensada.

Ante todo, el soneto es un *reverso* del texto bíblico; uno de los numerosos "reversos del ser" de que habló. Con ello, no hay, pues, negación del texto bíblico, sino simple reiteración heterogénea. Así, es congruente al alternar los términos habituales: Dios, al que los místicos dudan de calificar ser y que incluso un tomista como el Cardenal Cayetano lo piensa como sobre-ser, y el mundo, vistos precisamente por heterogeneidad como el ser y la nada. En el juego escolástico para explicar la "creación de la nada", se recurre al ser-pleno y a la nada, y de la acción del primero sobre la segunda nacerá el mundo; claro es que la nada no es ni nada siquiera antes de sacarse desde ella el mundo. Y así, también, la nada, o nada en la cual brota el pensar humano, la conciencia o nadie, piensa el "huevo universal" (viejo resabio órfico) sobre "el lomo de tu fiera", que es demasiado poco pensarla como los instintos, pues la verdadera fiera es la nada absoluta pensada desde el "ser no cumplido", es decir, todavía no retornado nada. El último verso, el menos valioso, concesión a los imaginativos, cierra el "canto de frontera" que es el soneto entero, creación por la palabra de la única frontera entre el ser y la nada; la conciencia acuñada en verso, o sea, el reverso de nadie, pues Antonio Machado se dio su último "reverso" en este verso.

* * *

El filósofo andaluz, por entremedio de sus coplas y romances, fue componiendo el esquema de su investigación. Y no vaciló: como era buceador de la existencia, afloró la Metafísica. Y como la vida solo es plena cuando se piensa como lo que está siendo, Antonio el coplero habló del ser:

"... la metafísica de Mairena será la *ciencia del no ser*, de la absoluta irrealidad, o, como decía Martín, de las varias formas del cero".

Cada canción, cada beso, cada mirada a un paisaje andaluz o castellano, era una de esas varias formas del cero. Y lo explicó cantando:

Dijo Dios: brote la nada.
 Y alzó la mano derecha,
 hasta ocultar la mirada
 y quedó la nada hecha.

Si se supone escolásticamente (es decir, escolarmente) que Dios es el ser que se es, entonces las cosas, y el hombre como cosa entre las cosas, son esencialmente el no ser, traído y hecho por el ser. La única forma de ser quien existe es precisamente ese no ser el que se es. Un hombre tiene que cantar: "Hoy es siempre todavía". El sol de Córdoba sobre un sombrero de anchas alas no da un vaquero; da un señorito cordobés que rejonea con gracia. Es decir, como diría Mairena, lo trascendente de la existencia no es empecinarse en una vocación de momia, sino vivir la vida "con lógica".

Claro es, con claridad mediterránea, que la vida vivida con lógica no es la de una computadora. Precisamente para las computadoras se hizo una lógica alimentada higiénicamente con calorías sintéticas. La vida lógica y congruente consigo misma, en cambio, se distiende por todas sus aristas de contradicción existencial. Como decía el viejo Heráclito, ser y no ser son lo mismo, pues... quien piensa el ser es el no ser pensado en el ser. O cantado:

Tan pobre me estoy quedando
que ya ni siquiera estoy
conmigo, ni sé si voy
conmigo a solas viajando.

Todos los escolares a los que se ha hecho estudiar han aprendido el principio de identidad: A igual a A. Y se les ha enseñado que este principio es el fundamento de todas las construcciones científicas. Y por eso, las Matemáticas son como son. Pero para el hombre que no se limita a rellenar esquemas mentales, sino que busca el sentido lógico de la vida misma, la seguridad de viajar consigo mismo no pasa de ser una hipótesis romántica. Lo mismo que el engaño de la afirmación de que "A es igual a A", donde se da gato por liebre, pues para los alumnos más despiertos se reserva la explicación de que igual no quiere decir igual, sino solamente equivalente. Y bien se sabe que no es lo mismo tener algo que tener el equivalente de ese algo.

Por ello Juan de Mairena, el maestro de Antonio Machado, escribía:

"Hay hombres que nunca se hartan de saber. Ningún día —dicen— se acuestan sin haber aprendido algo nuevo. Hay otros, en cambio, que nunca se hartan de ignorar. No se duermen tranquilos sin averiguar que ignoraban profundamente algo que creían saber. ¡A igual A!, decía mi maestro, cuando el sueño eterno comenzaba a enturbiarle los ojos. Y añadía, con voz que no sonaba ya en este mundo: ¡Ateme usted esa mosca por el rabo! "

No recogeré ahora la explicación racional de la irracionalidad del principio lógico. Es un poco larga. Su conclusión es: "En todo pensamiento en que interviene el no ser va implícita la contradicción al principio de contradicción". Es una conclusión tan diáfana lógica, que ante ella lo mismo se puede afirmar: eso es contradictorio.

Pero lo es porque el hombre mismo es contradictorio. Nadie es totalmente malo o totalmente bueno, como nadie es totalmente tonto o listo. O bien dicho, pues lo anterior acaso sería falso, quien se cree listo, precisamente en ese creerse listo, se pasa de listo, porque entra en el conjunto de "los hombres que nunca se hartan de saber", que es exactamente la definición del bárbaro.

Si para un cristiano su creencia dogmática vale, valdrá precisamente por realizar una de esas contradicciones. De ahí, otra copla del filósofo andaluz, puesta en labios de Cristo:

Dijo otra verdad:
busca el tú que nunca es tuyo
ni puede serlo jamás".

Pues en última instancia, la lógica de la vida es lógica de ese hombre individualmente concreto, que se construye como un yo con facilidad (al menos, eso diría Freud), pero que nunca alcanza a encontrarse como un tú suyo, o sea, que siendo un

animal social estilo aristotélico, nunca alcanza a serse en los demás como se es en sí mismo (si es que se es en sí mismo).

* * *

Es bien sabido que la historia de la Metafísica ha sido, a la vez, el proceso de desvelamiento del sentido del ser y la forma de ocultar el ser a los hombres. No repetiré aquí la apreciación de Heidegger, pero la voy a traducir: los hombres pensantes se enfrentaron con los entes para construirse mundos, en que aflorase la tierra, como medio de construirse a sí mismos. La Metafísica, o profundización desde la Física para hallar el sentido hondo de los fenómenos o apariencias, se transformó en ultra-Física, con lo que dejó de reconocer el ser de los entes para darles un ser prestado. Solamente la Ontología podía haber constituido una radical investigación del ser del mundo y del hombre.

Antonio Machado trató de hallarse a sí mismo: de verse como ser que se era. Dada la multivariada de presencias del ser, el hombre concreto se realiza precisamente siéndose la nada del ser, ya que solo puede alzarse sobre la tierra como hombre al negarse su ser tierra, en tanto espera, y desespera, volver a ser tierra. La opacidad de los entes se hace transparente solamente como mundo cuando el hombre se planta como no mundo. La cosificación de un hombre no es un peligro, sino un punto de partida desde el cual negarse como cosa (ser esclavo no es punto de llegada, sino aceptación del punto de partida por la cosa que todavía no es hombre, lo mismo que la condición fetal es el ser otro, la madre, y no uno mismo todavía).

Dado que un hombre no es un ente entitativamente constituido, sino una conciencia subjetivamente establecida, tiene que ser desde la heterogeneidad de la conciencia individual como se reconozca el sentido de las cosas. Claro es que, en un análisis genético-psicológico, se podría hablar de las distintas etapas de autoenfrentamiento constructivo para llegar a radicalizar la conciencia como persona: otra cosa supone la permanencia en el estado de retrasado mental.

La elección del destino individual depende, ciertamente, de la elección individual. La sartriana elección fundamental, que le espera a cada hombre, solo llega a ser elección en la condición humana de poder elegir, adquiriendo el terrible privilegio del poder elegir lo elegible como único medio de ser hombre.

El filósofo andaluz entonces cantó una copla:

Dicen que el hombre no es hombre
mientras que no oye su nombre
de labios de una mujer.
Puede ser.

En una sociedad aparentemente machista, la intelección de la copla aflora a la conciencia el ser donjuanesco. O para hacer una referencia que no gusta recordar a quienes siguen la moda: según Karl Marx, el camino para superar la alienación de sí pasa por la alienación de sí. Solamente el darse es camino para serse. Solamente el volver al seno femenino es camino para abandonar el seno femenino. La mujer es camino de masculinidad para el hombre. "Puede ser", sin embargo, sigue cantando el coplero. El amor es negación del yo en el tú, para afirmar precisamente el yo. El tema de la amada muerta es el más vivo para el filósofo-poeta, ya que entonces la construcción del sentido del yo es precisamente desde la nada presente de la mujer que fue.

Pero es bien sabido que el machismo corresponde siempre a una sociedad matriarcal. La afirmación virilista del hombre se alcanza, no por esclavización de la mujer, sino por exigencia de la mujer fuerte. Y hay que recordar que es precisamente la mujer-madre la que llega a dar nombre individual al hombre como medio de que deje de ser el hombre para llegar a ser un hombre, e incluso era costumbre que la madre pusiera al

hijo un nombre secreto, que era el verdadero, y el que daba poder sobre lo nominado (hoy el resto de esa magia son los diminutivos cariñosos). No hará falta que detalle la doctrina freudiana, para poner de relieve cómo el amor a la mujer es transferencia del amor a la madre: en otras palabras, el amor fecundante, al servicio de la especie, constituye en un hombre al hombre-fetal. De ahí que el amor es "...la autorrevelación de la esencial heterogeneidad de la sustancia única". La explicación el coplero la dio en prosa, y esta prosa, como todas las prosas, carece del aletear de la belleza poética. Hoy solo recogeré la vía de la autorrevelación.

Claro es que, en esta investigación, Machado no busca el ser femenino. La palabra hombre abarca solamente al sexo masculino. El sexo entero, el hombre, se individualiza, no negando el sexo, como pensaron los anormales ascéticos, sino precisamente por la realización de la vida sexual. Motivo: cualquier otra vía oscurece los linderos del yo. De ahí, el dolor de la existencia concreta, así como todos los esfuerzos de desautenticación de todos los procesos sociales y políticos por masificar a los hombres. Todos los esfuerzos masificadores, todas las tiranías, tienen como objetivo primario el conservar a los hombres en un período fetal prolongado. La ruptura del cordón umbilical, la afirmación individual del yo en el amor, dan sentido a lo que, en otro caso, no tendría más sentido que la conservación de la especie.

Dificultad en el plano de la lógica: el principio de no contradicción. La heterogeneidad del ser obliga al hombre a tratar de constituirse en uno, a tratar de identificarse a sí mismo como sí mismo, desde lo otro en cuanto otro.

Solo hay hombres porque hay mujeres. Solo hay hombres que buscan ser persona individual porque, como decía, la otra copla: madre solo hay una. Una para que cada uno llegue a ser hombre y no perdure como feto.

LA VIDA: UN COMENTARIO DE TEXTO

Caminante, son tus huellas
el camino y nada más.
Caminante, no hay camino,
se hace camino al andar.
Al andar se hace camino
y al volver la vista atrás,
se ve la senda que nunca
se ha de volver a pisar.
Caminante, no hay camino
sin estelas en la mar.

Lo que el Poeta dice es normal y comprensible a una primera lectura. No necesita de explicaciones especiales, ni siquiera en su aspecto formal de romance. La comparación de la vida con un camino es tema reiterado en Filosofía y en variadas obras literarias, desde la Antigüedad. La vida es un no estar quieto, un estar incesantemente cambiando. La vida es un salir de la cuna y un caminar hacia la sepultura, como explicó Quevedo en su obra más importante. "La cuna y la sepultura" es una exposición de la doctrina estoica, en la cual se ve la existencia humana como un caminar desde un punto de salida hacia la llegada que es la muerte. En cuanto a la comparación de la vida con un caminar, el romance de Antonio Machado carece de originalidad.

Donde puede vérsese una cierta originalidad es en su conjunto, al ver la vida como un camino que precisamente no tiene ni punto de partida ni punto de llegada, a diferencia

de la concepción clásica. La vida es un camino en el cual no hay ni cuna ni sepultura, porque el individuo en la cuna todavía no es hombre y en la sepultura ya no lo es.

Ante todo, nos encontramos con que el romance se desarrolla en forma de una invocación. El Poeta habla dirigiéndose a alguien. ¿El lector? ¿Uno cualquiera de los hombres? ¿El Poeta mismo? El Poeta se dirige, no al hombre en general, pues sabemos que eso para Machado no tendría sentido, ni tampoco a un hombre concreto, pues entonces sería una carta, sino a cualquiera de los hombres, un cualquiera al que apela como Caminante.

En su obra en prosa, Machado dice que él no debe nada a los hombres. Ya es viejo y tiene sus cuentas claras con la humanidad. Pero vosotros, dice, los hombres, me debéis las poesías que yo he escrito.

Este romance, en que Antonio Machado se dirige al Caminante que es cualquiera de los hombres, es una de esas poesías aporte gratuito, no debido, a los hombres.

Hoy día, los viajes de turismo incluso las peregrinaciones, se hacen sentado. Se han aburguesado. Un auténtico peregrino va a pie, es caminante. Machado, deambulando por las calles de Madrid de noche, era más peregrino caminante que un peregrino en avión. En principio, el Caminante es quien se ha puesto un objetivo, y con sus pies, encalleciendo la planta de sus pies, va adelante las horas enteras. En este sentido originario, el hombre es un Caminante porque está el día entero en vigilia. El simple hecho de no estar durmiendo, hace que el hombre sea Caminante. Existencialmente, el hombre sería Caminante, así, incluso cuanto está sentado.

“Caminante, son tus huellas el camino, y nada más”.

No sé si por razón de la rima o del acento, la oración no es directa. Ordenándola, es decir, mutilando la poesía, la leería así: “Caminante, el camino son tus huellas y nada más”. El sujeto del verbo es el camino. Pero a un Poeta se le puede permitir todo, mientras el resultado sea bello, y aquí el Poeta se ha tomado la libertad de usar el sujeto en singular y el verbo en plural. Sin embargo, no es una libertad gratuita, porque así el predicado nominal pasa a hacer psicológicamente la función del sujeto: Tus huellas son el camino. El problema radica en que, dada la concepción de la Lógica en Machado (la negación del principio de no contradicción), es indiferente que el sujeto sea el camino o las huellas, ya que el camino consiste simplemente en las huellas y las huellas no son más que camino.

Una vereda, un trillo, un sendero, un vericuetto, no son más que tierra hollada. De ahí, el “nada más” del verso. La tierra hollada es simplemente tierra y es herencia de vida de muchos hombres. El pasado de un hombre solo existe en el presente de un hombre. Mi pasado no *fue*, sino que *es* cuando *fue* y cuando ahora es en mi presente en cuando *fue*. Por eso, “no hay camino”, y sí sólo caminar al andar.

El tercer verso reitera la invocación al Caminante. El por qué lo hizo es secundario. El resultado es genial. Esta reiteración del calificativo invocativo tiene valor de impregnación violenta. La primera vez encauzó la atención hacia una concepción de la vida. Esta segunda vez se hace restrictivo: ya no cabe que un hombre viva de manera que no sea la de caminante.

En los versos tercero y cuarto nos encontramos la misma tesis de los dos primeros, pero al revés. En primer lugar, la negación, “no hay camino” y en segundo término la delineación positiva, “se hace camino al andar”. No hay camino en cuanto que incluso la carretera—camino—de—asfalto solo es camino en cuanto transitada. El camino cosificado, el camino con asfalto o cemento es “cosa”, pero solo es cosa con sentido en cuanto huella de los hombres.

Este camino es anfibológico. No es lo mismo el camino sobre el cual yo camino, que el camino que consiste en lo que yo camino. En castellano era usual la expresión de “hacer camino”, en el sentido precisamente de caminar. Se hace camino al andar porque el andar es hollar el camino. Una ciudad abandonada por los hombres no tiene calles, aunque las calles “quede” ahí entre las cosas. Tampoco hay casas, pues la casa solo es casa

en cuanto habitación de los hombres. Una calle solo es calle en cuanto que une y separa las casas de los hombres.

El peregrino tiene cuna y sepultura; arranca de un lugar y va a otro. El caminante simplemente camina, sin que sepamos desde donde ni hacia dónde. Vagabundo se trocó por la sabiduría popular en "vagamundo"; vagar era demasiado general para la imaginación directa, y entonces ésta lo adaptó: es más concreto el vagar—por—el—mundo que simplemente el vagar; al mismo tiempo que indeterminado, el vagar—el—mundo es, si se lo recorre a pie, para toda la vida.

"Al andar se hace camino/ y al volver la vista atrás/ se ve la senda que nunca/ se ha de volver a pisar".

Hasta el cuarto verso, lo que dice el Poeta podía todavía ser tomado como una descripción literal de un camino físicamente dado en un lugar concreto. A partir del quinto verso, ya hay que reconocer que el Poeta no está hablando simplemente de caminos físicos.

Aristóteles se había preguntado si el camino que va de Atenas a Tebas es el mismo que el que va de Tebas a Atenas. En el consensus del sentido común (el de las licitaciones públicas para construcción de carreteras, por ejemplo), se supone que es el mismo. Incluso cuando hay "dos vías", siempre es una vía, pues siempre la derecha es la derecha y la izquierda es la izquierda, aunque se dé media vuelta. El camino de Atenas a Tebas era y no era el mismo que el de Tebas a Atenas. Nominalmente era el mismo: humanamente, era otro, pues los hombres lo hacían distinto al recorrerlo, pues lo hacían camino.

Una senda ya hecha por las huellas, está esperando al Caminante que la reinstaure en su ser de senda, pues solo es senda en cuanto hollada. En cuanto ya hollada y no vuelta a hollar, no es ya senda, sino senda—que—espera, y si espera mucho, vuelve a ser invadida por la vegetación. Un camino todavía no recorrido no es un camino. Una carretera todavía no inaugurada no es todavía una carretera, y no solo simbólicamente.

Pero el Caminante puede "volver la vista atrás", puede recordar lo que era ayer. Este ayer es siempre vago, indefinido. La memoria es como la vista: siempre miope, porque no permite ver hasta aquel momento del nacimiento, cuya noticia solo la tenemos bajo argumento de autoridad: nos dicen que hemos nacido. La miopía mnemónica va creciendo a medida que la vida se alarga; conforme se hace adulto el hombre, la infancia deja de ser visible en proporción creciente. La paradoja estriba en que esta miopía creciente, en cierto momento, con la senectud, se cura. La presbicia, el ver bien de lejos y mal de cerca, es enfermedad de viejo. Existencialmente, sucede lo mismo: cuando se llega a la vejez, la miopía mnemónica se sustituye por la presbicia mnemónica: el muy viejo olvida la existencia próxima y recuerda la infancia antes olvidada. Esta es precisamente la presencia típica de la vejez en el viejo: la infantilización de la memoria. Pues bien, el hombre es el único viviente capaz de ese volver la vista atrás sobre lo recorrido. Ya Antonio Machado había poetizado que el ojo no es ojo porque ve, sino porque es visto. Yo no soy yo porque te veo, sino porque tú me ves. En un madrigal dirigido a una dama, es un cumplido piropo, digno de un andaluz ciento por ciento. Un hombre enamorado solo es cumplidamente enamorado cuando es visto como tal por su dama. El ser visto supone ser visto como uno, y no como cosa. No hay mayor desesperación, dice el Poeta, que el que a uno lo vean sin verlo, que la mirada resbale. Si el hombre puede volver la vista atrás es porque lo que está atrás lo está viendo aún; esas huellas que uno ha ido dejando no son simplemente polvo o barro, sino presencia de uno que lo mira a uno: son huellas que le hablan a uno, porque son humanas, y porque, ahí la tragedia, nunca se las podrá volver a hollar. Esa senda ya vivida no podrá ser de nuevo recorrida: la existencia es irrepitable. Mis huellas siempre están detrás de mí, y nunca delante, aunque me diera media vuelta, pues entonces dejarían de ser solamente mi pasado para trocarse en mi futuro. Mis huellas pasadas ante mí constituyen entonces mi proyecto de camino, es decir, mi futuro. Para que esas huellas sean mi pasado, es necesario que vuelva la vista

hacia ellas, pero sin convertirlas en futuro. Además, aquí el Poeta ha empleado la palabra "senda", en lugar de "camino". Es posible que la eligiera por el número de sílabas: es igual. Lo importante es que la noción de senda es mucho más vaga todavía que la de camino. Una senda es menos trazada, menos hollada, más en construcción por acción. Ese caminar, además de caminar, ya es, por serlo, por senda, penoso, y muchas veces, las sendas no van a ninguna parte, como los *Holzwege* de Heidegger: los vericuetos del bosque, con los que compara la existencia.

Los dos últimos versos tienen de entrada un valor pedagógico:

"Caminante, no hay camino sin estelas en la mar".

La reiteración es la forma clásica de la inculcación de un conocimiento. Todas las teorías pedagógicas no han variado la realidad de que, para aprender algo, no hay otro camino que repetirlo. Con estos versos culmina la creación obsesiva de un ambiente. Y tras la reiteración, el poeta termina con un último verso de un hondo lirismo. Este lo logra mediante dos recursos: la palabra "estelas" y feminizando la palabra mar.

Mar se suele usar en masculino, pero en los siglos de oro era bisexuado, con lo cual poseía un poder evocador mucho más hondo. El Poeta, al adoptar lo hoy inusual, rompe con lo vulgar y logra lo poético.

La mar, antecedida por las estelas, nos da simultáneamente el camino poético y la definición del camino. La asociación con la imagen de la estela marinera dejada por el barco en marcha, la estela de la aleta de un tiburón que hoza la superficie, es siempre efímera. No se esculpe una estela en el mar, imagen manida durante muchos siglos para caracterizar precisamente lo efímero de la vida. Lo genial de Antonio Machado estriba en que, diciendo una vulgaridad repetida por mil poetas, la hace nueva al trocarla en la definición del camino. El camino no es una estela; la palabra está en plural. El camino es una sucesión de estelas; la detención del barco o del tiburón provoca la no aparición de nuevas estelas, que sigan remozando la estela que muere.

El éxito de la gimnasia yoga (no la de exportación) está precisamente en lograr la muerte en vida: la inmovilidad radical que lleva a la osificación de las articulaciones.

Pero al mismo tiempo, ese camino que tiene siempre estelas en la mar, mientras es camino, es una muestra más de lo efímero de la vida. Tras la muerte, tras la cesación del caminar, Antonio Machado ve disolverse las estelas en la mar. Cesan. Como dirá en otra parte, el Gran Todo sorbe los todos y el camino ya ni es, ni fue.